

Moira Antonello, por Pablo Garber, 2003

“Mira con tranquilidad y rutina.

Se ve a sí mismo como a través de un cuarzo rutilado:

Su imagen se refleja entre los cordones de un zapato a medio lustrar.

El mundo está ahí arriba y puede caerle

como adoquín en cualquier momento.

Se defiende imaginando que muerde esos cordones:

Los hace chicle en su boca y su cuerpo se deshace junto a él.

Se estira hecho un filamento infinito

y recorre así las calles y las venas del imperturbable cliente.

El viaje es una mezcla tumultuosa de pasteles infantiles

y de tinta para oscuros policiales;

su mundo, un globo que se expande detrás de cada lustre,

de cada mancha de pomada, de cada tímido grito de color

robado a la oscuridad.

Ese chico explota en las madrugadas,

con el sol que sale tiritando,

con el olor del pan caliente que a veces logró saborear.